

NECROLÓGICA

EL EJEMPLO DE PILAR MEDINA

Por GREGORIO MARAÑÓN
BERTRAN DE LIS

Algunas personas son capaces de realizar obras admirables en la literatura, el arte, la investigación, la política o en cualquier otro ámbito de proyección social, aunque sus propias vidas personales carezcan luego de interés o resulten, incluso, desdeñables. Otras, sin embargo, que no dejan a su muerte alguna obra que socialmente les trascienda, crean con su propia vida una obra admirable y fecunda. Pilar Medina, marquesa de Salvatierra por su matrimonio con Pablo Atienza, pertenece a este segundo grupo que con su testimonio nos permite seguir confiando en la condición humana.

Murió recientemente en Sevilla, a los 96 años de edad, habiendo conservado hasta el último instante su lucidez, su fe cristiana, su alegría por vivir y, sobre todo, su integridad. Conozco a Pilar -y uso el tiempo presente porque la vivencia de su recuerdo no pertenece al pasado- desde hace más de medio siglo, gracias a la amistad que me unió con sus hijos en la adolescencia. Luego, mi vida se entrecruzó con la de su familia. Haber sido próximo suyo, evangélicamente su prójimo, ha constituido una enriquecedora experiencia.

¿En dónde radicaba esa integridad, tan suya, a la que antes he aludido? Integridad porque fue, ante todo y esencialmente, ella misma en cualquier situación: con su inteligencia, distraída y práctica; su fino sentido del humor, jamás hirien-

te; su tenaz voluntad, que impulsaba un carácter tan decidido como ordenado y paciente; su austeridad traducida en generoso desprendimiento; la elegancia en su forma de ser, adornada con un último rasgo de coquetería; su rectitud y su sencillez; su sensibilidad grande en la percepción del otro; y su mentalidad moderna, permanentemente abierta a evolucionar con su tiempo. Nunca la oí hablar mal de nadie, ni levantar la voz, ni perder el sosiego de su paso rápido, ni rehuir una obligación, cumpliendo con creces con cuantas le tocaron en su vida, y con las que se impuso ella misma, las familiares, las amistosas, las solidarias, hasta las propias de la conservación del patrimonio histórico familiar de Ronda y Majaloba. Su fe cristiana, por auténtica nunca alardeada, y su natural bondad latían en toda su conducta. Esta integridad no era, en definitiva, otra cosa que el ser de una persona excepcionalmente completa, que en su aparente fragilidad desbordaba una profunda fortaleza.

Hay ausencias tan llenas que no producen agujeros negros en nuestro interior sino una especie de luz cálida que reconforta. Así sucede con Pilar. Por ello, a sus hijos y nietos, que estarán más llenos de su luminosa ausencia que nadie, sólo cabe felicitarles porque el destino les deparó como suya a esta extraordinaria persona, cuya vida ha sido un ejemplo.